

Juan Wesley y el catolicismo romano (5/6)

Dr. Justo L. González



Universidade Metodista de São Paulo
São Paulo, Brazil
mayo de 2016

Juan Wesley y el catolicismo romano (Wesley en Diálogo con la Reforma 5/6)

En estos últimos días hemos venido estudiando la relación entre Wesley y las diversas tradiciones surgidas de la Reforma protestante: la tradición luterana, la reformada o calvinista, la anglicana y la llamada “Reforma radical”, que en realidad incluye una inmensa variedad de movimientos y opiniones. Pero la verdad es que la Reforma del siglo XVI no se limitó a los protestantes ni comenzó tampoco en el 1517, cuando Lutero clavó sus famosas 95 tesis. Desde mucho antes había habido dentro del catolicismo romano fuertes movimientos reformadores. Algunos de ellos, como el de Juan Huss en Bohemia, y el de Juan Wycliff en Inglaterra, también pueden considerarse precursores de la Reforma protestante. Pero aun aparte de tales movimientos, hubo dentro de la misma Iglesia Católica quienes pensaban que una reforma era necesaria. Algunos de ellos, como Erasmo y los humanistas que se inspiraban en su obra, pensaban que lo que se necesitaba era retornar al cristianismo sencillo del Nuevo Testamento. Otros se preocupaban sobre todo por la vida moral y la devoción de la iglesia, y no pensaban que era necesario reformar sus doctrinas. Uno de estos últimos era la reina de España, Isabel la Católica, quien, ya desde fines del siglo XV, se dedicó a reformar tanto el clero como los monasterios, insistiendo en que se cumplieran las reglas monásticas y en que el clero ejerciera sus funciones propias. En el caso de Isabel, estos propósitos reformadores iban acompañados de un interés en la correcta erudición bíblica y teológica. Su principal consejero en estos asuntos fue el cardenal Francisco Jiménez de Cisneros, quien no sólo fue su confesor, sino que también fue regente del reino después que murió Isabel.

La Reforma que Jiménez propugnaba se fundamentaba a la vez en una moral estricta, una erudición seria y en una ortodoxia rígida. Así, Jiménez fue el fundador de la Universidad de Alcalá de Henares, que según él esperaba sería un centro de estudios conducentes a la reforma de la iglesia. También fue él quien auspició la publicación de la famosa Políglota Complutense, una Biblia que incluía en columnas paralelas los textos en hebreo, griego y latín. Jiménez estaba convencido de que la verdadera reforma de la iglesia surgiría de un estudio cuidadoso del texto sagrado. Pero Jiménez también era el Gran Inquisidor del Reino, quien se dedicó a descubrir y suprimir todo lo que le parecía ser herejía, y quien también fue en buena medida responsable de la expulsión de los judíos en el 1492.

Esas dos facetas del espíritu reformador de Jiménez son índice del tipo de reforma que Isabel buscaba, y que a la postre se impondría en toda la Iglesia Católica Romana. Tal reforma consistiría en purificar la iglesia de todos los abusos, inmoralidades e ignorancia que se habían vuelto comunes, y al mismo tiempo insistir en la ortodoxia absoluta.

En vista de lo que ocurría en España, Erasmo y muchos de los otros reformistas humanistas esperaban que sería de allí que vendría la reforma que ellos tanto anhelaban. Pero lo que sucedería a la postre sería que, en parte en respuesta a la Reforma Protestante, el catolicismo romano siguió el camino trazado por Isabel y Jiménez de Cisneros. Tras la confrontación de Lutero con Carlos V en la Dieta de Worms, la reforma erasmista perdió impulso tanto entre católicos como entre protestantes. A partir de entonces, la Reforma Católica siguió el modelo

trazado por la reina Isabel, de preocuparse ante todo por las cuestiones morales y por el modo en que los monásticos y los clérigos cumplieran con sus votos y funciones, y al mismo tiempo insistir en lo tradicional en cuanto a la doctrina, el culto y la organización jerárquica de la iglesia. Un claro ejemplo de esto es la fundación de la Sociedad de Jesús, comúnmente conocida como los jesuitas. Al tiempo que insistía en los estudios y la buena teología, esta orden se dedicó no sólo a la labor misionera en tierras lejanas, sino también a la refutación del protestantismo en Europa. En unión a la casa de Austria, cuyos gobernantes en diversos países de Europa eran descendientes de Isabel, los jesuitas fueron la punta de lanza del catolicismo romano frente al protestantismo.

Lo que por fin le dio forma a la Iglesia Católica que surgiría de aquel siglo XVI fue el Concilio de Trento, en el cual tanto los jesuitas como la casa de Austria tuvieron fuerte influencia. El concilio comenzó sus sesiones en el año 1545, pero debido a toda una serie de conflictos internos y vicisitudes políticas no terminó sus trabajos sino 18 años después, en el 1563. Bien puede decirse que el Concilio de Trento, al tiempo que rechazó prácticamente todas las doctrinas protestantes, también le dio nueva forma a la Iglesia Católica, a tal punto que los historiadores se refieren a esa iglesia en el tiempo transcurrido entre el Concilio de Trento y el Segundo Concilio del Vaticano como la “iglesia tridentina”.

El Concilio de Trento fue el primer concilio de la iglesia que se ocupó de prácticamente todo punto de doctrina. Los concilios anteriores, como el de Nicea y el de Calcedonia, se habían

ocupado de temas concretos que entonces se debatían – en Nicea, la eternidad del Hijo, y en Calcedonia las dos naturalezas de Jesucristo. Pero ahora el Concilio de Trento, en respuesta a una reforma que cuestionaba buena parte de la ortodoxia católica medieval, se dedicó a definir todo punto de doctrina y práctica en que los protestantes diferían los católicos. Luego, el concilio trató de temas bien diversos: la suprema autoridad del Papa, la autoridad de la tradición y de las Escrituras; la versión latina de la Biblia conocida como la Vulgata como el texto oficial de la Biblia, que basta para dar cualquier discusión dogmática; la lista de sacramentos como siete; la misa como sacrificio incruento de Jesucristo; la misa como acto meritorio que cuenta para la salvación; las misas en beneficio de los muertos; el darles a los laicos sólo el pan y no el vino; la salvación mediante los méritos de las buenas obras, en las que la gracia de Dios colabora con el creyente; el purgatorio; etc.

Al mismo tiempo que el Concilio de Trento afirmaba todos estos puntos de doctrina contra los protestantes, el papado, que había pasado por un largo período de decadencia y desprestigio, cayó sobre los hombros de una serie de papas reformadores bajo los cuales el gobierno de la iglesia se centralizó cada vez más.

El catolicismo que Wesley reconoció fue el catolicismo tridentino, es decir, el que seguía los lineamientos trazados en el Concilio de Trento. Pero la historia de ese catolicismo en Gran Bretaña era diferente de la del resto de Europa, y por tanto también lo era el catolicismo que Wesley conoció. No es necesario repetir aquí la historia de los primeros años de la Reforma,

cuando tras la ruptura entre Enrique VIII y el papado la reina María Tudor trató de llevar el país de regreso al catolicismo, hasta que su medio hermana Isabel llegó al poder, deshizo las políticas de María, y reestableció la Iglesia de Inglaterra. Durante el reinado de Isabel había siempre temores de que los católicos conspiraban contra la reina protestante, y por tanto los católicos se vieron obligados a partir al exilio o a conservar en secreto su antigua religión. Al mismo tiempo, los papas no reconocían la legitimidad del gobierno británico, y no lo hicieron sino en el 1766, cuando Wesley tenía ya 63 años de edad. En tiempos de Isabel, los sacerdotes católicos se adiestraban en el Continente, y luego se introducían clandestinamente en Inglaterra, donde algunos fieles católicos tenían casas con cubículos secretos donde esconderles en caso de peligro. Cuando murió Isabel y los reinos de Escocia e Inglaterra se unieron, se establecieron acuerdos por los que, al tiempo que se toleraría a los católicos, se prohibía que un “papista” ocupara el trono del Reino Unido. Pero siempre continuó habiendo sospechas de que la nueva casa reinante, los Estuardo, tenían simpatías católicas. Esto llevó primero a la Revolución Puritana y la ejecución del rey Carlos II y después, tras la restauración de los Estuardo, a la “Gloriosa Revolución” del 1688, cuando el Parlamento depuso al rey Jacobo II y en su lugar colocó a Guillermo de Orange y a su esposa María. Jacobo murió en el exilio en 1701, dos años antes del nacimiento de Wesley.

Quienes gobernaban en Inglaterra en tiempos de Wesley eran los sucesores de Guillermo y María. Pero todavía había quienes pensaban que la destitución de Jacobo no había sido legítima, y que por tanto los monarcas debían ser los herederos del depuesto rey Jacobo. A

quienes sostenían tal postura se les llamaba “jacobitas”, pues sostenían que el hijo de Jacobo II, también llamado Jacobo, era el legítimo rey de Inglaterra y de Escocia. El punto a que llegaban las diferencias y enemistades respecto a esto se ve en un episodio que tuvo lugar en el hogar de Samuel y Susana Wesley unos dos años antes del nacimiento de su hijo Juan, cuando todavía gobernaba el rey Guillermo. Cuando en una oración Samuel pronunció una bendición sobre el rey, y Susana no dijo “amén”, pues no estaba convencida de que la “Gloriosa revolución” hubiera sido legítima, Samuel se molestó sobremanera, declarando que quien no podía compartir su rey tampoco podía compartir su lecho. A consecuencia de esa disputa, el matrimonio se separó por varios meses. No fue sino en junio del 1702, después de la muerte de Jacobo II y que un incendio destruyó la casa donde vivía, que Samuel se reconcilió con Susanna. Juan, producto de esa reconciliación, nació al año siguiente.

En tal situación de sospechas, y en algunos casos de conspiraciones, no ha de extrañarnos el hecho de que durante todo este período los católicos sufrieran serias restricciones. Aunque no se les perseguía en el sentido de darles muerte, sí había varias leyes que limitaban su libertad, prohibiéndoles votar, ser parte del parlamento, o dedicarse a ciertas ocupaciones particularmente prestigiosas. No fue sino cuando Wesley era ya anciano, cuando comenzaban los tumultos de la Revolución Francesa, que gran Bretaña comenzó a mostrar más apertura hacia los católicos, en parte porque muchos de los franceses que llegaban al país como refugiados, y cuya causa política Inglaterra apoyaba, eran católicos. Pero así y todo, no fue sino hasta ya bien avanzado el siglo XIX que por fin se eliminaron las leyes discriminatorias contra los

católicos.

Todo esto quiere decir que el catolicismo a que se enfrentó Wesley era muy distinto del que existía entonces en el resto de Europa y del que hemos conocido nosotros en América Latina. Muchos de los católicos británicos recordaban los tiempos en que sus antepasados escondían a los sacerdotes en sus casas, pasándolos en secreto de una casa a otra. Puesto que se trataba de una religión minoritaria y oprimida de diversos modos, sus seguidores tendían a ser personas mucho más comprometidas con su fe que el anglicano promedio. Por eso, al tiempo que Wesley rechaza categóricamente buena parte de las doctrinas de la Iglesia Católica Romana, normalmente se muestra respetuoso hacia sus compatriotas católicos.

Ciertamente, Wesley estaba convencido de que las doctrinas particulares de la Iglesia Católica no eran correctas, y repetidamente las rechazó. Esto se ve, por ejemplo, en su extensa obra *Un catecismo católico romano tomado fielmente de los textos autorizados por la Iglesia de Roma y réplica a dicho material*. El supuesto “catecismo” que Wesley refuta aquí no es en realidad un catecismo publicado por la Iglesia Católica, sino que es más bien un resumen compilado por el propio Wesley de las enseñanzas católicas. A fin de probar que él no está inventando lo que dice acerca de las doctrinas del catolicismo, Wesley ofrece abundantes citas tanto del Concilio de Trento como de los escritos papales y otros. Según él mismo declara:

Tengo plena confianza en que todas las citas en este trabajo son auténticas, habiéndolas revisado una y otra vez. He tomado los mayores recaudos para no malinterpretar su sentido, de modo de poder entender correctamente y transmitir fielmente la doctrina que declaro reprobable. Si los errores no se analizan con objetividad y honestidad, no se

los puede refutar con solidez.¹

De ahí pasa Wesley a resumir lo que él entiende ser la doctrina católica mediante una lista de 88 preguntas con sus respectivas respuestas católicas. Cada respuesta consiste mayormente en una serie de citas tomadas o bien del Concilio de Trento o bien de los documentos pontificios. Cada de esas respuestas va seguida de una “réplica” en la que Wesley refuta lo que se dice en la respuesta misma. Naturalmente, no podemos resumir aquí todas las 88 preguntas, pero al menos sí podemos dar tres ejemplos para que se vea el tono de los argumentos de Wesley. A fin de simplificar la lectura, he no incluido las referencias que Wesley da para cada una de las aseveraciones que hace acerca de la doctrina oficial de la Iglesia Católica.

Veamos el primer ejemplo:

Pregunta uno. ¿Qué es la Iglesia de Roma?

Respuesta. La Iglesia de Roma es aquella sociedad de cristianos que declaran que para ser salvo es necesario someterse a la autoridad del Papa de Roma, como única cabeza visible de la Iglesia.

Réplica. Cristo es la cabeza, en virtud de quien todo el cuerpo se encuentra perfectamente unido. Y mantenerse unida a esa cabeza es la nota sobresaliente de la iglesia, como lo señala San Agustín. Mas no se encuentra en la Escritura ni en la antigüedad evidencia alguna de una cabeza visible, y mucho menos que esa cabeza visible sea el Papa, y menos que menos que sea necesario someterse a ella para ser salvo.

Si es necesario someterse a él para ser salvo, es necesario saber quién es el Papa. Pero ocurre que a este respecto el mundo ha tenido opiniones dispares en más de una oportunidad, tanto que llegó a haber tres papas, y durante casi 40 años hubo dos al mismo tiempo.²

¹ *Un catecismo católico romano tomado fielmente de los textos autorizados por la Iglesia de Roma; replica a dicho material. Obras, 8:181-82. Works, 10:87.*

² *Obras, 8:182. Works, 10:87-88.*

Segundo ejemplo:

Pregunta 15. ¿Qué opina la Iglesia de Roma respecto de las buenas obras?

Respuesta. La Iglesia de Roma afirma que las buenas obras de personas justificadas ciertamente son merecedoras de vida eterna, y si alguno dijere que tales obras no son en verdad merecedoras de mayor gracia aquí en la tierra, y de vida eterna en el más allá, tal persona sea condenada. “Nuestras obras son ciertamente merecedoras de vida eterna, no sólo en virtud del pacto de Dios y de su aceptación, sino también a causa de las obras mismas”.

Réplica. Decir que “ciertamente somos merecedores” es convertir a Dios en nuestro deudor. “Al que trabaja”, es decir, al que hace méritos, “no se le cuenta el salario como un regalo, sino como deuda” ¿Podrá el hombre ser de provecho a Dios? Nuestro señor nos enseña lo contrario: “cuando hayáis hecho todo lo que os ha sido ordenado, decid: ‘siervos inútiles somos, pues lo que debíamos hacer, hicimos’”.³

Y por último:

Pregunta 52. ¿El número de sacramentos se considera materia de fe?

Respuesta. Quienquiera que diga que hay un número mayor o menor de sacramentos instituidos por Cristo, o que alguno de estos siete no es exactamente un sacramento, sea condenado.

Réplica. Casandro dice que no es fácil encontrar alguien con anterioridad a Pedro Lombardo, quien vivió alrededor del año 1139, que haya definido el número de sacramentos. Y San Agustín es muy categórico con respecto a que sólo dos son de institución divina. Ahora bien, que haya sacramentos de institución divina que no hayan sido instituidos en los Evangelios, que no se hayan conocido hasta 1100 años después de nuestro Salvador, y que no formaron parte de la profesión de fe hasta el año 1500, puede ser la doctrina aceptada por la Iglesia de Roma, pero no será fácil de creer para los que no pertenezcan ella.⁴

Tras plantear y discutir esas 88 preguntas, Wesley concluye:

Creo que todo lo dicho será suficiente para demostrar cuánto se ha alejado la Iglesia de Roma de la verdad y la razón. Si pudiéramos todos sus concilios, misales, breviarios, rituales y catecismos de un lado, y la Escritura y la historia de la iglesia primitiva del otro, encontraríamos que sus doctrinas y sus prácticas se oponen a estas tanto como se oponen a las nuestras. Podemos estar seguros de que una persona perdería sus ojos tratando de encontrar fundamento para defender la supremacía de San Pedro tal como

³ *Obras*, 8:193-94. *Works*, 10:95.

⁴ *Obras*, 8:218-19. *Works*, 10:112-13.

ellos la defienden, o para reconocer al Papa como Vicario, o invocar santos, adorar imágenes, celebrar servicios en una lengua desconocida, o para aceptar la transustanciación, el purgatorio, y todas las demás cosas que nosotros rechazamos. La Escritura y la iglesia primitiva constituyen la autoridad a la cual apelamos.⁵

Si analizamos el recuento de sus desacuerdos con el catolicismo romano que Wesley hace, veremos que en su casi totalidad se trata de cuestiones de doctrina tales como la autoridad del papa, el purgatorio, la transubstanciación, etc. Las críticas principales respecto a cuestiones más prácticas, tales como el culto, tienen que ver con el uso del latín en lugar de la lengua vernácula, o con símbolos y acciones que le parecen carecer de sentido y ocultar el verdadero sentido del evangelio. Tal es el caso de la costumbre en el bautismo de ponerle un poco de sal en la boca a quien es bautizado, y de ungirle la nariz y los ojos al tiempo que se declara “abríos”. Tal cosa, prácticamente carente de sentido, le parece absurdo a Wesley, pues aparta la atención del sentido mismo del bautismo. Y, sobre todo, Wesley considera que tales cosas, tengan sentido o no, jamás han de imponerse como requisito o como si fueran un mandato divino. Así dice:

La Iglesia de Roma no tiene más fundamento para su agua bendita, para el incienso, la sal, la saliva, y demás, que el que tenían los fariseos para sus tradiciones. Y teniendo en cuenta que, igual que hacían aquellos, las imponen como mandato divino, también, como ellos, son culpables.⁶

Al mismo tiempo, es necesario señalar que Wesley sí propugnaba un culto bastante tradicional, siguiendo el *Libro de oración común* de la Iglesia de Inglaterra. Para entender esto tenemos que recordar que, aun en medio de sus desavenencias con las autoridades de su iglesia, Wesley siempre fue un anglicano de corte tradicional. Para él, el centro de la vida comunitaria y

⁵ *Un catecismo católico romano...* Conclusión. *Obras*, 8:242. *Works*, 10:128.

⁶ *Obras*, 8:188. *Works*, 10:92.

espiritual de la iglesia era la eucaristía, y esta debía celebrarse siguiendo los modelos recibidos de la tradición. Pero al mismo tiempo había que cuidar de no imponer como leyes absolutas aquello que no eran más que prácticas tradicionales. Por eso no encontraremos en sus obras discusiones de algunos de los temas que más tarde han preocupado a los wesleyanos y otros evangélicos, tales como si debe o no haber velas en el culto, el uso de oraciones leídas o preparadas de antemano, las vestimentas especiales para quienes ofician, etc. Wesley entendía que lo que había que reformar en cuanto al culto y las prácticas de la iglesia era solamente aquello que se opusiera al claro testimonio de las Escrituras. Y ciertamente en lo demás nada debía imponerse como si fuera mandato divino.

También vale la pena notar que en los ejemplos que hemos citado, así como en todo el resto de lo que Wesley dice acerca de su supuesto catecismo católico, no se desprecia la tradición. Al contrario, repetidamente Wesley se refiere a personajes tales como San Agustín, Jerónimo, Cipriano, Tertuliano y otros, utilizando lo que ellos dicen para mostrar el error de las doctrinas católicas que intenta refutar. Es importante señalar esto porque, como dijimos antes, Wesley siempre sintió profundo respeto por la tradición de la iglesia antigua, y lo que le preocupaba era el modo en que a través de los siglos y los años esa tradición se había ido transformando y hasta pervirtiendo, hasta llegar al punto de las doctrinas católicas que ahora creía necesario rechazar.

Por otra parte, al tiempo que afirmamos la firme postura de Wesley frente a los principales puntos de desacuerdo entre católicos y protestantes, hay que reconocer la gentileza con que

Wesley trata a los creyentes católicos romanos. Aunque a veces usa del epíteto tan popular en su época, llamándoles “papistas”, Wesley es mucho más moderado en sus invectivas contra los creyentes católicos que la mayoría de sus contemporáneos protestantes. Para mostrarlo, basta citar su *Carta a un católico romano*, que en realidad es una carta abierta a cualquier creyente católico romano que quiera leerla. En esa carta, al tiempo que permanece firme en sus posturas protestantes, Wesley muestra cortesía, respeto, y disposición al reconocimiento mutuo. La carta empieza lamentándose de las falsedades que algunos católicos dicen sobre los protestantes, sobre lo cual Wesley comenta que esto tiene consecuencias perniciosas.

Una de las más evidentes [de esas consecuencias perniciosas] es que también nos mueven a nosotros a pensar mal de ustedes. Esto hace que nos encontremos, unos y otros, menos dispuestos a ayudarnos y más dispuestos a lastimarnos. De este modo, el amor fraternal desaparece por completo, y cada una de las partes, al considerar que la otra es poco menos que un monstruo, da rienda suelta a la ira, odio, resentimientos, y toda clase de sentimientos negativos que en varias oportunidades han desembocado en comportamientos tan bárbaros e inhumanos como rara vez se han registrado entre los paganos.

Ahora bien, ¿no podemos hacer algo, aun aceptando que ambas partes mantengan sus propias opiniones, para albergar en nuestros corazones sentimientos más positivos los unos por los otros? ¿No podemos poner freno a esta ola de hostilidad, y recuperar aunque sea algo del amor que debemos sentir como vecinos y compatriotas?⁷

Al final de la carta, Wesley propone que su presunto lector concuerde con él en cuatro cosas: La primera es no hacer nada que pueda generar mayor animosidad entre católicos y protestantes. Lo segundo es “con la ayuda de Dios, no hablar con dureza o animosidad unos de otros”. Lo tercero, “no albergar malos pensamientos ni sentimientos hostiles el uno hacia el otro”. Y lo último es colaborar en todo lo que pueda ser anticipo del reino. En otras palabras, Wesley

⁷ *Obras*, 8:169. *Works*, 10:80

propone una colaboración en toda buena obra. Y termina invitando a su lector: “¡que usted y yo, sin importar lo que hagan los demás, podamos aferrarnos al premio que corresponde a nuestro sublime llamado!”.⁸

Para entender la importancia de estas palabras, hay que recordar las condiciones en que se encontraban las relaciones entre católicos y anglicanos en tiempos de Wesley. Las acusaciones, insultos y sátiras pululaban. Al dirigirse de este modo a los creyentes católicos, Wesley sabía que lo que escribía no sería bien recibido por todos sus correligionarios anglicanos. Cuando escribió esta carta a un católico romano, los prejuicios y contiendas eran tales que cualquier defensa del catolicismo romano frecuentemente llevaba a la acusación de traición contra la Corona. Pero le impulsaba lo que había dicho en su famoso sermón *El espíritu católico*. Allí explicaba que el espíritu católico que él proponía no era una actitud de indiferencia ante las diversas opiniones. Tal cosa sería el equivalente a ser llevados por doquiera por todo viento de doctrina. Tampoco entendía una indiferencia semejante en cuanto al modo en que el culto debía celebrarse. Al contrario, el verdadero espíritu católico requiere estar firmemente arraigado en una iglesia, creer y defender sus doctrinas, y participar de su culto. Pero Wesley describe a quien tiene el espíritu católico que él propone diciendo que tal persona

...es uno que sabe cómo valorar y alabar a Dios por todos los beneficios que disfruta: el conocimiento de las cosas de Dios, la manera bíblica y genuina de rendirle culto, y sobre todas las cosas su unión a una congregación que teme a Dios y que obra justicia. Es uno que, reteniendo dichas bendiciones con el cuidado más estricto, cuidándolas como la niña de sus ojos, al mismo tiempo ama como amigos, como hermanos en el Señor, como miembros de Cristo, como hijos de Dios, como participantes juntamente del reino presente de Dios y como herederos de su reino eterno, a todos los de cualquier opinión

⁸ *Obras*, 8: 177-79. *Works*, 10:85-86.

o forma de culto o congregación que cree en el Señor Jesucristo, que aman a Dios y al ser humano, regocijándose en agradar a Dios y temiendo ofenderle, y que sean cuidadosos en abstenerse del mal y celosos de buenas obras.⁹

Sería posible dar varios ejemplos acerca del modo en que Wesley ponía ese espíritu católico en práctica. Puesto que en este caso lo que nos interesa es ver cómo se relacionaba con los creyentes católicos romanos, y con sus doctrinas y su fe, posiblemente el mejor ejemplo sea lo que tiene que ver con la posibilidad de la perfecta santificación dentro de la Iglesia Católica. Como he dicho anteriormente, Wesley no creía que la perfección cristiana fuera algo que la mayoría de los creyentes alcanzara en esta vida; pero sí estaba convencido de que era posible alcanzarla. Cuando se le pedían ejemplos de casos concretos, algunas veces mencionaba a su difunto compañero John Fletcher. Pero con mucha mayor frecuencia se refiere a otros dos personajes, uno francés y otro español, y ambos católicos romanos. El francés era Gaston Jean Baptiste de Renty, comúnmente conocido como Monsieur de Renty, quien vivió en Francia el siglo anterior al de Wesley y se destacó por sus obras de caridad, sobre todo enseñando a personas de escasa educación. El español era Gregorio López, a quien me he referido repetidamente en otros lugares, y de quien por tanto no diré mucho ahora. La vida de López está envuelta en el misterio, pero no cabe duda de que fue un hombre dedicado a la constante oración y al servicio de los demás. Repetidamente, Wesley se refiere a Gregorio López como ejemplo de perfección cristiana, diciendo que era “un hombre muy santo, aunque muy equivocado”. Es decir, que aunque Gregorio López sostuviera y defendiera las doctrinas de la Iglesia Católica, y Wesley no concordara con él en ese punto, Wesley sí estaba dispuesto a

⁹ *Sermón 39, 3:5. Obras, 3:18. Works, 5:503-4.*

reconocerle como un hermano en Cristo y hasta como quien había alcanzado un grado de perfección superior al de él mismo.

En resumen, cuando de sus relaciones con el catolicismo romano se trata, hay que afirmar de Wesley dos puntos aparentemente contradictorios o al menos en tensión, pero que para él son absolutamente imprescindibles. El primero es que la Iglesia Católica yerra en muchas maneras, sobre todo en las doctrinas y prácticas que el Concilio de Trento afirmó como materia de fe frente a los protestantes. Y el segundo, igualmente importante, es que a pesar de todos sus errores, un fiel católico es hermano en Cristo, quien ha de ser amado y respetado aunque se difiera radicalmente de él en cuanto a varias doctrinas fundamentales.

